

La realidad de la iglesia latina en los EE.UU. (1/2)

Dr. Justo L. González



Charlotte, NC
2007

La realidad de la iglesia latina en los EE.UU. (1 de 2)

Quienes somos como pueblo latino

A. Datos del Censo

Es costumbre, cuando se nos pide hablar sobre el pueblo latino en los Estados Unidos, comenzar dando algunos datos del Censo. Aunque tales datos son importantes, no creo que sirvan de mucho para determinar la forma de nuestro ministerio, que no se centra en cuantos millones somos, ni más bien en quienes somos como individuos y como familias. Pero en todo caso, como marco general para nuestra conversación esta tarde, vale la pena dar algunos datos generales.

1. Numeros absolutos

En primer lugar, en cuanto al número. Según la Oficina del Censo de los Estados Unidos, somos unos 37.5 millones de personas, en una población total de 300 millones. Esto quiere decir que somos aproximadamente el 12.5%, o la octava parte, de toda la población del país. Pero esos datos no son exactos. En primer lugar, no cuentan a los puertorriqueños que viven en la Isla, que son unos 4 millones más. Pero sobre todo, nadie sabe en realidad cuántos latinos no han sido contados por el censo. Ciertamente son un buen número, pues todos sabemos que la desconfianza hacia los motivos del censo hacen que muchos de entre nosotros no sean contados. Esto se ha empeorado en tiempos recientes, según va aumentando la xenofobia en el país, y aquellos de entre nuestro pueblo que no tienen documentos temen cada vez más que se

les arreste y deporta. Como todos sabemos, en varias ciudades y estados se han pasado leyes contra los inmigrantes indocumentados. En Colorado en estos mismos días la Patrulla de Carreteras ha recibido instrucciones de ayudar a la Migra arrestando a cualquier persona a quien detenga por una posible infracción de tránsito y que no tenga documentos legales para estar en el país. En varias ciudades se han pasado ordenanzas que castigan a quien alquile apartamentos o casas a personas indocumentadas. Puesto que hay cierta duda en cuanto a la legalidad de tales ordenanzas, y puesto que los dueños de propiedades se quejan de que se les ponga a cargo de hacer el trabajo de la Migra, cada vez más se van aprobando reglas locales en cuanto al número de personas que pueden alojarse en cierto espacio. Puesto que la mayoría de nuestro pueblo inmigrante es pobre, no pueden cumplir con tales requisitos. Luego, cuando viene el censo y pregunta cuantos viven en una casa o apartamento, en lugar de decir la verdad, que hay catorce, le decimos que hay doce.

El resultado de todo esto es que en realidad nadie sabe cuántos somos. Se estima que el número de latinos no contados por el censo oscila entre los 8 y los 15 millones. Luego, el número total de nuestro pueblo en los Estados Unidos parece ser de entre 50 y 57 millones.

2. Inmigración y natalidad

Pero hay otros datos que posiblemente son más importantes que ese conteo de números absolutos. En primer lugar, hay que señalar que, según el censo, bastante menos de la mitad de la población latina es nacida en el extranjero. De esos 37.5 millones que mencioné al principio,

poco más de 14 millones son inmigrantes. Luego, hay más de 20 millones de latinos nacidos en los Estados Unidos—además de los 4 millones de puertorriqueños en la Isla que son ciudadanos por nacimiento. Naturalmente, es de suponerse que la casi totalidad de aquellos a quienes el censo no contó son inmigrantes. En tal caso, habría que decir que de los, digamos, 50 millones de latinos en los Estados Unidos, unos 24 son ciudadanos de nacimiento. En cuanto a cuántos otros son ciudadanos por naturalización, y cuántos son inmigrantes con papeles, no he podido obtener estadísticas fidedignas. Pero en todo caso resulta claro que, aunque el tema de la inmigración indocumentada ocupa hoy la primera plana de los diarios, la mayoría del pueblo latino no es indocumentada.

3. Idioma

Al mismo tiempo, resulta interesante notar que, aunque sólo 14 millones de latinos somos nacidos en el extranjero, 24 millones de los que tienen más de 5 años de edad todavía hablan el castellano en el hogar. Esto representa un claro contraste con otros grupos de inmigrantes en el pasado, que rápidamente perdían su lengua de origen. Las razones son muchas. Entre ellas está el número mismo de los latinos, que nos hace más fácil seguir hablando nuestra lengua materna. Además, la facilidad en el transporte, y las nuevas vías de comunicación por radio, televisión e internet, le hace más fácil a la población latina mantenerse en contacto, digamos, con México o con la República Dominicana que lo que les fue a los inmigrantes italianos de hace ochenta años.

Esta permanencia del idioma español tiene varias consecuencias importantes. Una de ellas es el estereotipo que buena parte de la población tiene de nosotros, al decir que no nos interesa aprender el inglés. Esto es falso. La mayoría de nuestro pueblo ha venido a este país para abrirse paso económicamente, y sería necio negarse a aprender el idioma del trabajo y de las transacciones económicas. Lo que sí es cierto es que nuestro propio bilingüismo es visto por muchos como una amenaza, y que no les gusta el que podamos comunicarnos entre nosotros sin que ellos entiendan lo que decimos. (Esto es viejo. Por largo tiempo en muchas escuelas en el suroeste de los Estados Unidos—algunas de ellas evangélicas—se les prohibía a los alumnos hablar entre sí en español. Se decía que esto era para que aprendieran inglés. Pero la verdad es que se hacía porque los maestros temían lo que los estudiantes pudieran estar diciendo entre sí.)

4. Edad

Otra serie de datos importantes tiene que ver con la edad de nuestra población. Mientras la edad media de toda la población del país es de 35 años, la del pueblo latino es de 25. Más del 10% de toda la población latina tiene menos de 5 años de edad, mientras que lo mismo es cierto de menos del 7% de la población en general. Al otro extremo, mientras aproximadamente el 12% de toda la población del país es mayor de 65 años, en el caso del pueblo latino esa cifra no llega al 5%. Y esto a su vez quiere decir que la tasa de crecimiento demográfico latino, al menos durante los próximos 30 años, será bastante mayor que la de la población total. Puesto que se espera que bastante antes de esa fecha el crecimiento total de la población llegue a cero,

la consecuencia inevitable es que, aun aparte de cualquier nueva inmigración, la proporción de la población latina dentro de la población total del país seguirá aumentando. Es por eso que según algunas proyecciones para el año 2008 la tercera parte del país será de origen latino.

5. Datos economicos

Si pasamos entonces a las cuestiones económicas, en esto también los datos son reveladores.

Según el censo, en el año 2000 unos 34 millones de personas en los Estados Unidos vivían bajo el nivel de pobreza. Esto, es, aproximadamente el 12% de la población total. Pero en el caso del pueblo hispano, esa cifra se elevaba a casi 8 millones, es decir, un 23% de la población total. A esto hay que añadir dos factores más. El primero es que estas cifras se refieren a las personas a quienes el censo contó. Puesto que es de suponerse que buena parte de las personas no contadas eran inmigrantes recientes e indocumentados, y puesto que el ingreso de tales personas es mas bajo que el del resto de la población latina, esto quiere decir que el índice de pobreza entre nuestro pueblo, si se toma en cuenta toda la población, debe ser bastante mayor que lo que el censo nos informa. El segundo factor es igualmente importante. Las fórmulas que el censo emplea para determinar niveles de pobreza es una proporción entre el ingreso de una familia y el número de personas que quienes tal ingreso debe sostener. Lo que el censo no toma en cuenta es que buena parte del pueblo latino en los Estados Unidos sostiene a familiares fuera del país. Todos conocemos trabajadores que envían la mayor parte de sus ingresos a México, a la América Central, o a la República Dominicana. Si todo esto se toma en cuenta, es muy probable que el verdadero índice de pobreza entre nuestro pueblo se acerque al 40%, o

hasta más.

6. Datos de escolaridad

Tales condiciones se reflejan en el índice de escolaridad. Entre el total de la población de 25 años o más, el 81% ha completado la escuela superior, mientras que lo mismo es cierto sólo del 53% de la población latina. Y el contraste es mayor si pensamos en términos de graduación universitaria o de “college”. En este caso, mientras aproximadamente el 24% de la población general es graduada de college, lo mismo es cierto de solo el 10% de la población latina.

7. La población latina y la “población total”: Una advertencia

Todos estos factores afectan la vida de la iglesia latina, como veremos en un momento. Pero antes de seguir adelante hay que señalar que, si comparásemos la población latina solamente con la población anglosajona, los contrastes serían aun mayores. Los datos del censo comparan la situación de una minoría cualquiera con el total de la población. Ese total incluye no solo a los latinos, sino también a los afroamericanos, nativos y otras minorías. Si se excluyera a esos grupos, los índices para la población anglosajona serían mucho más altos, y por tanto el contraste sería todavía más pronunciado.

8. Nuestro orígenes

Los datos del censo también nos dicen acerca de los orígenes nacionales de la población latina en los Estados Unidos. Puesto que el tiempo y el espacio apremian, no voy a repasar esos datos

en detalle. Baste decir que la inmensa mayoría de la población latina es de origen mexicano.

Algunos de estos no fueron jamás inmigrantes, pues no fueron ellos los que cruzaron la frontera, sino la frontera la que les pasó por encima. Pero la principal fuente de inmigración por largo tiempo ha sido México, y todavía lo es.

Por otra parte, al repasar los datos de los censos tomados cada diez años por el gobierno, vemos que se va produciendo un cambio notable. Hace treinta años el segundo grupo en cuanto a tamaño eran los puertorriqueños, y luego los cubanos. El resto se clasificaba sencillamente como “otros países”. Durante las guerras en Centroamérica, y a partir de entonces, la inmigración de esos países se aceleró, de modo que hoy los centroamericanos son más que los puertorriqueños. Lo mismo ha ido sucediendo con los dominicanos y con los sudamericanos, cuyo número ha aumentado notablemente en los últimos veinte años.

B. La realidad allende el censo

1. Las personas

Como pastores y líderes de las iglesias tenemos que recordar que los números no son personas. Nuestro ministerio es con personas, y no con números. Los latinos somos una tremenda variedad de gente. Algunos llegamos acá sin mayores dificultades. A algunos hasta se nos facilitó la venida. Otros tuvieron que atravesar pantanos y desiertos, esconderse, arriesgar la vida. Aunque nuestra edad media sea de 25 años, unos somos bastante mayores que eso, y otros mucho menores. Aunque nuestros datos económicos sean trágicos, no todos sufrimos las

mismas condiciones.

2. Nace un nuevo pueblo

Además, la cuestión en los países de origen puede ocultarnos una nueva realidad que estamos viviendo. Aunque haya entre nosotros dominicanos, colombianos, mexicanos, etc., lo cierto es también que va surgiendo en los Estados Unidos un nuevo modo de ser latino. Hay en los Estados Unidos un intercambio y encuentro constante que no existen en nuestros propios países de origen. Un mexicano tiene muchas más probabilidades de casarse con una puertorriqueña en Chicago que en México. Y una puertorriqueña que vive en Nueva York tiene más probabilidades de casarse con un colombiano que si viviera en San Juan.

Los Estados Unidos son hoy el cuarto país de habla hispana en el hemisferio occidental—y quizá ya hasta el tercero. Esa población, al tiempo que mantiene sus contactos e intereses con sus países de origen, va formando su nueva realidad. Y esto también, como veremos en un momento, tiene que ver con nuestras iglesias y cómo nos organizamos y vivimos.

3. ¿Cómo nos llamamos?

Por último, antes de pasar a la cuestión misma de la iglesia, debo mencionar un tema que siempre surge: ¿Cómo nos llamamos? ¿Somos latinos y latinas? ¿Hispanos e hispanas?

Podríamos discutir mucho sobre esto, y con gusto la haría si tuviésemos más tiempo. La realidad es que cualquier nombre que nos demos tiene sus dificultades. El nombre de “hispanos” lo

utilizaron antiguamente algunos de los descendientes de los mexicanos que vivían en el suroeste antes de la invasión norteamericana para distinguirse de los “mexicanos”, a quienes consideraban recién llegados e inferiores. Más tarde el censo empezó a darnos ese nombre, y por tanto muchos reaccionan contra él y prefieren llamarse “latinos” y “latinas”.

Pero el término “latino” también tiene sus problemas. En algunas ciudades del nordeste, fue el nombre que se daban algunos inmigrantes de América Latina para insistir en que no eran puertorriqueños, y por tanto hay puertorriqueños a quienes no les gusta ese nombre. Además, el nombre de “América Latina” le fue dado a la región por franceses que querían llenar el vacío que dejó la retirada de España y Portugal, y que decían que, puesto que ellos también eran latinos, tenían cierta afinidad con nosotros.

Mi propia postura es que no vale la pena malgastar el tiempo discutiendo sobre nombres, pues nuestra agenda es urgente, y que lo del nombre se irá resolviendo con el correr del tiempo.

II. La iglesia y nosotros

A. El catolicismo romano

Sin entrar en detalles, por falta de tiempo y de espacio, debemos señalar que los hispanos son ya la mayoría de los católicos en los Estados Unidos. Esto representa un enorme reto para la Iglesia Católica. El pueblo latino en los Estados Unidos casi no produce sacerdotes. Esto ha llevado a una serie de soluciones que no puedo más que mencionar. La primera es importar

sacerdotes de América Latina y de España. La segunda es requerir que todos los sacerdotes que han de trabajar en los Estados Unidos, no importa de qué etnicidad, sean bilingües. La tercera es aumentar la participación laica en los ministerios de la iglesia.

B. El protestantismo latino: Sus orígenes

Al hablar sobre el protestantismo latino en los Estados Unidos, debemos empezar por reconocer su variedad. Esa variedad la vemos ante todo en sus orígenes, que son principalmente tres:

- a. En primer lugar, algunos de nosotros somos evangélicos porque nosotros o nuestros antepasados pertenecemos en América Latina a alguna de las antiguas iglesias fundadas mayormente por misioneros. Al venir acá ya éramos evangélicos, y sencillamente continuamos nuestras relaciones con la iglesias que nos formaron, o con otras parecidas.
- b. En segundo lugar, muchísimos de nosotros somos evangélicos a consecuencia de la gran explosión en el crecimiento del pentecostalismo en América Latina. Nos hicimos pentecostales allá, y al venir acá seguimos siéndolo.
- c. Por último, un buen número de nosotros nos hicimos evangélicos tras llegar a los Estados Unidos. No conozco estadísticas exactas, pero hay quien afirma que, al menos en algunas regiones, hasta el 20% de los inmigrantes latinos se hacen evangélicos.

C. El protestantismo latino: Sus estructuras

En cuanto a sus estructuras y formas de gobierno, hay en nuestras iglesias una variedad al menos tan amplia como la hay en el resto del protestantismo norteamericano. Esa variedad va desde las iglesias independientes, hasta aquellas que son parte de una denominación

conexional que ejerce control sobre las iglesias locales. Permítaseme brevemente hacer algunos comentarios sobre estos dos extremos, no para sugerir una forma de gobierno ideal—que en realidad no existe—sino para ayudarnos a reflexionar sobre los problemas y peligros a que nos enfrentamos cada uno de nosotros, según la forma de gobierno y de estructura a que pertenezcamos.

1. Iglesias independientes

No cabe duda de que la inmensa mayoría de las iglesias evangélicas latinas en los Estados Unidos son independientes—o son parte de “concilios” relativamente pequeños, por lo general surgidos de alguna iglesia independiente. En cualquier ciudad importante hay docenas—y en algunos casos centenares, o hasta millares—de iglesias latinas independientes.

La gran ventaja de tales iglesias está en su facilidad de crecimiento y multiplicación. Estas iglesias independientes espontáneamente encuentran estructuras que les permiten funcionar y crecer en medio de un pueblo que, como señalé anteriormente, es pobre y con escasa educación formal. En ellas, para ser pastor o pastora basta con recibir el llamado—y ese llamado se confirma o se niega en el hecho mismo de que haya una congregación que lo reconozca. No hay aquí requisitos académicos. No hay salarios mínimos. No hay que cumplir con requisito alguno impuesto desde fuera.

Además, en estas iglesias se afirma el valor y la dignidad de muchas personas a quienes la cultura y sociedad circundantes desvalorizan y humillan. Un hermano o hermana cualquiera puede ponerse en pie y dar su testimonio. Hasta tanto pruebe lo contrario, se le considera persona digna de dirigirse a la congregación, y se le escucha con respeto.

Lo que esto quiere decir es que el gran valor de tales iglesias independientes es que tienen la libertad para ser verdaderamente latinas. (Aunque lo cierto es que muchas veces se dejan llevar por las últimas corrientes de la iglesia en la cultura dominante, usando su música como si fuera el Evangelio mismo, apresurándose a leer el último *best-seller* religioso, y en general sencillamente copiando lo que parece tener éxito en esa cultura.)

Empero junto a tales ventajas, esta estructura completamente independiente tiene también sus desventajas. La primera y más obvia es que se hace difícil limitar el cisma o el error dogmático. El hermano o hermana que se convirtió y nos entusiasmó con su testimonio se pelea con la congregación, o recibe un llamado que el pastor no acepta como válido. Si quiere responder a un llamado a la tarea pastoral, no le queda otra alternativa que irse y fundar su propia congregación—y de paso se lleva una parte de su vieja iglesia. (Es algo parecido a lo que sucede en las colmenas de abejas, cuando una reina abandona la colmena con todo un enjambre, para formar su propia colmena.)

A esto se añade el peligro del error doctrinal. Puesto que no hay autoridad alguna fuera de la del pastor o pastora, y la de la Biblia, si alguien dice haber recibido una revelación especial que le dice por qué trompeta apocalíptica vamos, o que le enseña alguna nueva doctrina, no hay como responderle, más allá de la autoridad del pastor o pastora. Y lo más probable es que ese pastor o pastora carezca de los instrumentos bíblicos y teológicos para refutar lo que el hermano o hermana dicen.

Pero esta estructura tiene otra desventaja, quizá mayor que la anterior. Puesto que se trata de congregaciones independientes, no hay modo de enfrentarse en conjunto a las grandes cuestiones que afectan la vida de nuestro pueblo. Si tomamos, por ejemplo, el tema de la inmigración y la discusión que está teniendo lugar en el país en torno a ella, es notable y triste el hecho de que estas iglesias independientes, con todo y ser millares y millares, no tienen modo de hacerse oír.

AETH

2. Denominaciones conexionales

Al otro extremo del espectro, están las congregaciones latinas que forman parte de grandes denominaciones cuyo gobierno es conexional—es decir, denominaciones en las que la congregación es parte de una iglesia mayor, y en última instancia está sujeta a ella. Tal es el caso, por ejemplo, de los luteranos, presbiterianos y metodistas.

Esta estructura evita las principales desventajas de las iglesias independientes, pero tiene también sus enormes desventajas. En cuanto al cisma y el peligro de error, ambos se limitan bastante gracias al sistema de gobierno conexional. Si alguien se va de una congregación y se lleva un grupo de fieles, podrá fundar su propia iglesia; pero excepto en casos excepcionales ya no será parte de la denominación. Si un pastor o pastora, o algún otro líder, comienza a enseñar doctrinas descabelladas, hay modos de desautorizarle y refutarle. Si un miembro de la iglesia tiene dudas bíblicas o teológicas, lo más probable es que su pastora o pastor tengan al menos los instrumentos básicos necesarios para tratar con tales dudas. Y, en cuanto a las cuestiones de nivel nacional o mundial, tales como la inmigración, estas denominaciones tienen modos de fomentar el diálogo entre sus congregaciones, y de expresar sus opiniones a nivel nacional e internacional.

En cuanto a las desventajas, hay muchas. Una de ellas es que la misión de la iglesia latina sufre al verse involucrada en cuestiones que poco o nada tienen que ver con ella. Por ejemplo, en una Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Unida bien puede haber quinientas iglesias, de las cuales sólo cuatro o cinco son latinas. Entre las iglesias de la cultura dominante, así como entre las iglesias cuya feligresía es mayormente afroamericana, probablemente la mitad son mayores que todas las iglesias latinas juntas. Esto quiere decir que cuando la Conferencia Anual se reúne para discutir sus temas y estrategias, los intereses y preocupaciones de las iglesias latinas quedan relegados a segundo plano. Nuestros delegados, quienes fueron a la asamblea entusiasmados y esperando inspiración, se aburren. A la postre, el resultado neto es que, a

pesar de toda la buena voluntad por parte de la iglesia mayoritaria, la iglesia latina queda marginada y desconectada.

Otra enorme desventaja es que se les imponen a las iglesias latinas una serie de medidas y requisitos que les impiden ser verdaderamente latinas. Esto podemos verlo tanto en cuestiones de liderato pastoral como en cuestiones económicas.

En cuanto al liderato pastoral, en la mayoría de esas iglesias se espera que el pastor o pastora tenga ciertos estudios y credenciales académicas. Por lo general, esto quiere decir ser graduado universitario y de seminario. En medio de una población en la que solamente el 10% alcanza a terminar sus estudios universitarios básicos, tales denominaciones esperan que sus pastores, no solo completen esos estudios, sino que además les añadan al menos tres años más. El resultado inmediato es una gran escasez de pastores debidamente acreditados. El resultado a medio plazo es que, para llenar las vacantes, es necesario establecer normas diferentes para quienes no tienen los estudios requeridos. Y el resultado a largo plazo es que se crea un cuerpo ministerial latino de segunda clase, cuya voz no se atiende en el resto de la denominación.

En cuanto a lo económico, las consecuencias son igualmente trágicas. En cualquiera de esas denominaciones hay ciertos requisitos mínimos para que una congregación sea económicamente “viable”. Esos requisitos se han establecido en iglesias que sirven a sectores de la población mucho más acomodados y pudientes que los sectores latinos. Hace un par de

décadas, mientras hacía unos estudios al respecto, se me dijo en una de nuestras principales ciudades que para que una iglesia fuese viable se requería un presupuesto de al menos \$100,000. En esa misma fecha, el ingreso promedio de una familia latina era de \$10,000. Luego, ¡para que una iglesia fuera “viable” tenía que tener al menos cien familias diezmadas! Entre todas las iglesias de la cultura dominante no había una sola iglesia que tuviera cien familias diezmadas. Si se les midiera con la misma medida, ni una sola de ellas sería “viable”.

El resultado es irónicamente trágico. La mayoría de estas denominaciones han tornado posturas firmes frente a las prácticas bancarias que se llaman “redlining”—es decir, la práctica de no prestar dinero para mejoras en zonas empobrecidas, lo cual a su vez contribuye al deterioro acelerado de esas zonas. Pero lo cierto es que muchas veces esas denominaciones acaban practicando ellas mismas una forma de “redlining”, al concentrar sus esfuerzos entre quienes pueden cumplir con los requisitos para que una iglesia sea “viable”. Entre latinos, tienen a trabajar con la escasa población de clase media o clase media alta, desentendiéndose de la inmensa mayoría pobre—o en el mejor de los casos manteniendo algunas misiones entre los pobres, no con vista a que lleguen a ser iglesias debidamente establecidas, sino más bien para no sentirse tan mal por no trabajar entre los pobres.

3. La tarea por delante

Lo que todo esto quiere decir es que tenemos mucho trabajo por hacer. Si nuestro pueblo es pobre, no basta con tener iglesias que estén a favor de los pobres. Tenemos que buscar modos

de ser, no sólo iglesias *para* los pobres, sino también iglesias *de* los pobres. En esto, las iglesias independientes llevan la delantera. Pero tenemos que buscar el modo de ser iglesia de los pobres al mismo tiempo que seguimos siendo parte de la única iglesia universal, que actuamos y sentimos como partícipes en una gran misión común de toda la iglesia, que retenemos el depósito de la fe que se nos ha legado.

D. Una nueva forma de liderato

El problema planteado no es fácil de resolver. No es cuestión de ofrecer una fórmula o un modo de gobierno ideal y de decir “aquí esta”. En la vida real—y sobre todo en la vida de la iglesia—son pocos los problemas que se resuelven de tal modo. Se trata más bien de una tarea a largo plazo, y hasta me atrevo a decir, de una tarea que no tiene fin hasta que el Señor venga. En cierto modo, esa es la verdadera tarea ministerial. Es cuestión de marchar con el pueblo, de enfrentarnos junto a él a circunstancias siempre cambiantes, de buscar continuamente el mejor modo de ser fieles en el momento en que nos ha tocado vivir.

Por eso estoy convencido de que el paso más urgente, y a la vez el paso que más tiempo nos tomará dar, es la creación de líderes—en particular líderes ministeriales—capaces de dirigir a la iglesia a través de los tiempos presentes, y hacia el futuro de Dios.

1. La situación presente

Al presente, la mayor parte de la preparación de líderes ministeriales sigue una de dos rutas.

Algunos—una ínfima minoría—siguen el camino prescrito por la educación teológica tradicional en este país: van a la universidad, se gradúan de ella, y luego pasan tres o cuatro años en un seminario. Para dar una idea de cuán pequeña es esa minoría, basta con leer las últimas estadísticas de la Association of Theological Schools (ATS). Según esas estadísticas, el número total de latinas y latinos que se gradúan de seminario en todos los Estados Unidos, Canadá y Puerto Rico cada año con el título de Maestría en Divinidad, contando católicos y protestantes, son poco más de trescientos. El resto del liderato ministerial latino sigue otras rutas. Algunos van a colegios bíblicos. Otros sencillamente se declaran pastores sin preparación académica alguna. La mayoría estudia en un instituto bíblico y, a veces tras un periodo de mentoría, comienza su vida ministerial.

Cada una de las dos rutas principales—el seminario y el instituto bíblico—tiene sus valores y sus deficiencias. Por una parte, los estudios en las escuelas acreditadas, con sus amplias bibliotecas y sus profesores especializados, capacitan a quienes los siguen para participar más activamente en el diálogo nacional e internacional, así como dentro de sus propias denominaciones. De hecho, hay denominaciones en las que los pocos latinos y latinas con estudios de seminario ocupan posiciones de liderato desde las cuales ayudan a la denominación toda a entender algo mejor los retos de la iglesia y la comunidad latinas. Pero también es cierto que la presencia latina en la mayoría de los seminarios es tan diminuta, que el proceso mismo de educación teológica tiende a distanciar a los estudiantes de la comunidad de donde vienen ya la que esperan servir.

Por su parte, muchos institutos bíblicos, por el hecho mismo de funcionar dentro de la comunidad latina, tienen mayor éxito en producir liderato pastoral arraigado en esa comunidad. Por lo general, a sus graduados se les hace más fácil comunicarles el Evangelio a sus vecinos, y no cabe duda de que muchos de ellos tienen gran éxito en cuanto al crecimiento de la iglesia. Pero también es cierto que en algunos institutos bíblicos no se capacita a los estudiantes para analizar circunstancias nuevas, para tratar con los problemas más serios de la sociedad como estructuras económicas y políticas, o para responder a las necesidades de la nueva generación latina que se va formando con mayor educación y mayor participación en la comunidad en general.

Lo trágico es que por lo general estas dos rutas, en lugar de ser paralelas y de apoyarse entre sí para crear un ministerio idóneo y equilibrado, o bien se desconocen entre sí, o bien cada una ataca y critica a la otra como errónea o inadecuada. La mayoría de los seminarios ni siquiera sabe de las docenas de institutos bíblicos que funcionan prácticamente en su patio. Y en muchos institutos bíblicos se les dice a los estudiantes que si van a un seminario van a “perder la fe”.

2. La tarea por delante

Todo esto quiere decir que lo que tenemos por delante, en términos de la preparación de liderato para nuestras iglesias, es una tarea amplísima y nada fácil. Tenemos que buscar modos en los que las escuelas reconocidas y acreditadas por los organismos oficiales establezcan

vínculos con los institutos bíblicos en los que se prepara la mayoría de nuestro liderato.

Tenemos que buscar modos en que cada uno de estos dos sistemas educativos enriquezca al otro. Cuando nos encontremos entre los círculos más académicos, tenemos que recordarles de la verdad y los valores que hay en el nivel popular, donde está la mayoría de nuestro pueblo. Y cuando nos encontremos entre ese pueblo, tenemos que recordarle de los valores y la verdad que hay en esos círculos académicos que la mayoría de nuestro liderato apenas si ve de lejos.

E. Entretanto: la labor teológica

Entretanto, hay otras cosas que podemos ir haciendo para responder a las enormes necesidades de nuestro pueblo, para ayudar a crear una iglesia que sea verdaderamente *del pueblo*, de nuestro pueblo pobre, y que al mismo tiempo entienda y viva lo que es ser parte de la iglesia universal de Jesucristo, que se extiende a todos los lugares y todos los tiempos.

Entre esas otras cosas, podemos ir buscando—tenemos que ir buscando—modos de entender y de vivir el Evangelio que sean a la vez nuestros y universales; que tengan sazón latina, pero no aislacionista; que sean nuestros, pero que a la vez puedan ser parte de nuestra contribución al resto de la iglesia de Jesucristo.

Es sobre eso que trataremos en la próxima hora.